



Amores de Amparán

Alfredo Loera

INICIO CON UNA PREGUNTA: ¿por qué un autor tan interesante como Francisco José Amparán nunca emigró a la ciudad de México? Podemos especular, hacer suposiciones, preguntarle a personas que lo frecuentaron, pero ya jamás conoceremos la opinión de este hombre. Es una pregunta obligada, porque son pocos los escritores radicados fuera de la capital del país que reciben el reconocimiento nacional. Amparán es uno de esos que, pese a su calidad, permaneció en el anonimato. Entonces, ¿por qué, sabiendo de sus capacidades, se conformó con dar clases en una universidad y escribir artículos políticos en uno de los periódicos regionales de La Laguna? ¿Por qué no buscó las grandes editoriales? Publicaba un volumen de cuentos o una novela cada dos o tres años; hacía una presentación local y después se olvidaba de sus libros. Mientras, por las noches, revisaba los exámenes de sus alumnos de historia.

Falleció el pasado 4 de julio, a los 52 años, de un ataque cardiaco cuando sacó a pasear a su perro por la mañana. Vivió toda su vida en Torreón, Coahuila.

Edmundo Valadés, José Joaquín Blanco y Agustín Monsreal le otorgaron el premio de la editorial El Porvenir en 1984, con el libro *La luna y otros testigos*. Un año antes, con *El silencio cayendo*, obtuvo el Premio Latinoamericano de Cuento de la ciudad de Puebla. Más tarde, ganó el de San Luis Potosí con *Cantos de acción a distancia*.

En su biblioteca personal, Amparán no contaba con ninguna de sus obras. Éstas se perdieron en las librerías de viejo y en los libreros de los pocos lectores del norte de México. Con su muerte, la Universidad Autó-

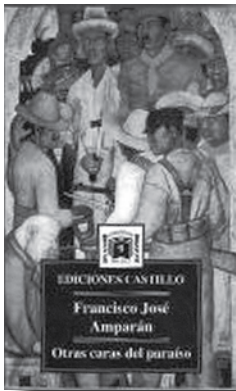


noma de Coahuila y el Icoacult planean reeditar algunas de sus novelas y cuentos; sin embargo, temo que su decisión de permanecer en provincia le costará el olvido de los lectores, al menos en el resto del país.

Uno de sus mejores textos es “Luvianka, siempre estabas ahí”. Es un cuento que maneja la ironía de manera ejemplar, incluido en *La luna y otros testigos*. El relato está ambientado durante la Segunda Guerra Mundial en un pueblo polaco que primero es invadido por los alemanes y luego, conforme avanza la guerra, por los rusos. Bajo estas circunstancias, un muchacho comerciante lisiado se enamora de una joven aristócrata que con la ocupación alemana se convierte en la concubina del general. Cuando llegan los rusos, el comerciante cree que por fin le será posible acercarse a la joven. Con un final inesperado que nos deja fríos, Amparán llega a esa ironía que deja de ser cómica para convertirse en la más pura crueldad. Recuerda a escritores tales como Villiers de L'Isle-Adam, pero con la cuota de genocidio necesaria después del siglo xx.

Los cuentos de este libro son cínicos y humorísticos. Es una buena alternativa para aquellos que están cansados del tono sublime y solemne tan presente en mucha de la literatura mexicana.

Interesantes son sus *Divertimentos, a modo de relax*, porque en ellos se presentan ocurrencias sosas (como burlarse de los nombres de los retóricos romanos) que, con el talento y la inteligencia del autor, se convierten en juegos de ingenio. Los escritores como Ibarra Güengoa todavía, a veces, son considerados menores. Amparán, excelente humorista, sufre por el mismo mal. Es probable que esta visión del humor arraigada habitualmente en México venga desde nuestra tradición española. Según C. F. de la Vega, Unamuno creía que Cervantes no había entendido la grandeza de su mejor novela. Pensaba que el *Quijote* se le había salido de las manos. Jamás creyó que Cervantes fuera uno de los iniciadores del humorismo moderno, de



Francisco José Amparán
Tres amores (o más)
Coahuila, Universidad Autónoma
de Coahuila
(Siglo XXI, Escritores Coahuilenses,
segunda serie)
2009, 235 pp.

donde partieron algunos de los mejores escritores ingleses que manejaran este tono. La tradición española fue la que tardó más tiempo en comprender los mecanismos del *Quijote*. En parte, porque buscaban, por todos lados, la definición de lo español en esta novela. ¿Cómo iba a ser humorístico lo que mejor lo definía? (Cualquier parecido con la literatura mexicana del siglo pasado es mera coincidencia.) Amparán parte del humor de Cervantes y Quevedo.

Los volúmenes de relatos, sobre todo, son los que mantienen este tono irónico; las novelas están escritas con una voz mucho menos satírica. Amparán fue un cultivador del género policiaco. “Pavana a cuatro voces”, recientemente publicada dentro del libro *Tres amores (o más)* (UAC, 2009), trata del misterio que encierra el fracaso de un suicidio doble. Una psicóloga especialista en este tipo de casos logra entrevistarse con el único sobreviviente, el esposo. ¿Por qué una pareja que llevaba un matrimonio ejemplar un buen día decide suicidarse? ¿Y cómo es que uno logra sobrevivir? Esas son las primicias de la investigación. Así discurren varias voces, entrelazando puntos de vista, llegando hasta el final del caso.

Amparán, por su carrera como maestro de historia, tenía una especial predilección por los temas de la Segunda Guerra Mundial. Muchos de sus textos están relacionados con este acontecimiento; “Cómo gané la guerra” es otro ejemplo de ello. Esta novela también viene incluida en *Tres amores (o más)*. El texto trata sobre la relación de un anciano con su nieto, a quien le cuenta sus anécdotas de juventud de los años en que México entró en el conflicto armado. Juega con los datos históricos, combinándolos con humor y con la relación que establecen los dos personajes principales.

Francisco José Amparán se burla del lector; tal vez, consciente de que gran parte del público mexicano todavía está acostumbrado a ver la literatura como algo sublime. Pero sobre todo se burla de sí mismo, de la historia y de todo lo que parezca trascendental. Me lo imagino riéndose de las trampas que colocaba dentro de sus narraciones. Varias veces lo encontré leyendo en una biblioteca de Torreón: lo único que de pronto se oía era su risa sardónica mientras los pocos visitantes continuaban con sus “importantísimas” lecturas. Él despoja, con sus textos, a las cosas de toda gravedad para darles su verdadera dimensión.

Nuestra literatura no se ha caracterizado por rescatar autores. Al menos, no recuerdo un escritor mexicano que después de muerto se haya valorado sin que en vida gozara ya de algún reconocimiento, por más pequeño que fuera. La pregunta persiste: ¿por qué Francisco José Amparán nunca buscó emigrar a la ciudad de México? ¿Por qué prefirió quedarse en una ciudad que le quedó chica? Tal vez aquí hubiera tenido un público más amplio y justo. ■